

tendencias descritas y criticadas en el artículo. Tendencias que afectan a la clase política en su conjunto y que han convertido al de los medios en un poder salvaje (como diría Ferrajoli) que más que nunca exige de nosotros controles democráticos y garantistas.

En fin, el texto que a grandes y muy ruidos trazos he tratado de reseñar, es un libro que vale la pena revisar y discutir y que, por si fuera necesario insistir en ello, muestra que la investigación sociológica en México goza de buena salud.

PARTIDOS SIN ALMA

Víctor Hugo Martínez González

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

MOISEI OSTROGORSKI:

La democracia y los partidos políticos, Madrid, Trotta, 2008

«Los partidos políticos han sido exitosos para asegurarse el control del gobierno, pero han fracasado miserablemente en sus funciones representativas» (1964: 539). Escrita en 1902, esta sentencia resume el análisis de Ostrogorski de los partidos ingleses y norteamericanos. Si como Duverger afirmase (1957: 12), Ostrogorski fue el primer estudioso de los partidos, su visión traería notables derivas: 1) réplicas intransigentes (los partidos son inevitables en la democracia, diría Bryce en 1912); 2) adscripciones a su método heurístico (Michels y su obra de 1911); 3) respuestas a sus supuestos normativos incompatibles con la moderna racionalización de la política (Weber y su famosa conferencia de 1919). Su impacto no es para menos. El primer reporte sistemático de los partidos (organizaciones ausentes antes de 1850: Duverger: 15) no tiene reparos en su desafío: los partidos lastiman la democracia y deben reformarse. El debate fundamental partidos-democracias, puesto en órbita por Ostrogorski, será así el problema de mayor influjo en la bibliografía

partidista. No bien el análisis de los partidos se consolide en los años cincuenta del siglo XX, sus siguientes fases, marcadas por el debate *crisis/declive* (Wattenberg *et al.*) *versus crisis/cambio* (Wolinetz *et al.*), guardarán un vínculo con los reflejos de la polémica que Ostrogorski desatará: «la literatura de crisis tiene en Ostrogorski uno de sus padres» (Daalder 2007); «más allá del consenso sobre lo impensable de una democracia sin partidos existe desacuerdo con el funcionamiento de éstos» (Biezen 2004). Si los partidos son o no un mal necesario de las democracias, es algo que, sujeto a perspectivas de análisis, no debe empero silenciar lo que en Ostrogorski fue de gran lucidez: el uso de un enfoque analítico tras el cual, como recién demostrara Prud'homme (2007), los partidos pueden ser explicados según sus diferencias organizativas. Desplegada en dos sendos tomos (alguna vez ubicables en la UNAM y hoy sólo detectables en el Colegio de México), la traducción de las conclusiones ampliadas de esa obra supone, por supuesto, el gusto de su lectura, pero también la necesidad de volver a un libro, que como el quijote de la teoría partidista, es más citado que leído. Esta recensión, reconociendo esa tarea, se limita a las conclusiones apenas publicadas.

Aquel hilarante filme de los *Monty Python* en el que un líder pide a sus secueces pensar por sí mismos y recibe como respuesta un sííí ensordecedor y penoso, es la imagen del «drama patético» (p. 24) con el que Ostrogorski identifica a las democracias partidarias. Estos regímenes, lamenta el autor ruso, acentúan «la tendencia natural del individuo a desaparecer ante la gran mayoría» (p. 45). Democracias brutales, de *servidumbre voluntaria* (ideas de Ostrogorski mantienen paralelos con Boétie) y opresión moral, los sistemas de partidos, ya puede verse en estos epítetos, tendrán en su primer estudio un crítico feroz. El ciudadano, aquí las premisas (pp. 35-44) de su desencanto, debe ser —acorde con un gobierno que lo inspire a ello— la savia de un «espíritu público», por el que fija «la mirada en los asuntos públicos, dispuesto a dar, desinteresadamente, su tiempo y esfuerzo» (p. 36). Pero la democracia, anclada en «la indiferencia e ignorancia política de las masas» que a las élites favorece, consigue lo opuesto: anular al individuo mediante «un simulacro de soberanía a la que se rinde pleitesía pomposa» (p. 24). La raíz del equívoco, «un mito» que Ostrogorski llama a disolver, reside en una falsa ilusión al respecto del régimen electoral. La extensión del voto (reformas de 1832, 1867 y 1884 que aprontan la democracia popular), apunta Ostrogorski, no ha significado un flujo libertario, sino su contradicción materializada en intermediarios electorales entre el pueblo y el gobierno que explotan la humana tentación por la desidia. El sistema de partidos apura, luego, el ocaso del espíritu público: «que los ciudadanos escojan un partido, que se sometan para siempre a él, dándole un cheque en blanco [...] Esta solución halla eco en los ciudadanos en la medida en que así, con la conciencia tranquila, pueden sumergirse en su habitual apatía» (pp. 38-39). «Instrumentos de corrupción» que dilatan «la vieja tiranía (de sacer-

dotes, príncipes, nobles, castas, razas y ahora de políticos) encarnizada contra la humanidad» (p. 58), los partidos, concluyo las premisas del autor, son el retrato de «una civilización superficial» y moralmente réproba. «A los tipos de vileza que ha producido el género humano, de Caín a Tartufo, el siglo de la democracia ha añadido uno nuevo: el político» (p. 47).

¿Cuáles son los atributos generales de los partidos en un régimen de sufragio universal? ¿Qué efectos tienen éstos en la vida pública? ¿Su organización es compatible con la democracia? Siendo éstas las preguntas que Ostrogorski se planteara, y a las que a lo largo de dos tomos responderá con tristeza y pesimismo (el partido moderno es una *machine domination*, aceitada por su hambre de poder, la pasividad de las masas y la aplicación periódica de encuestas electorales), sus conclusiones traducidas pueden sintetizarse en tres rubros: defectos genéticos, estructurales y funcionales de los partidos.

Los partidos, detecta en esto Ostrogorski su falla de origen, someten a sus miembros y electores a «programas ómnibus» que superan la capacidad del hombre de «seguir más que una acción delimitada a una esfera restringida como la de su comunidad» (p. 34). «Los efectos de la asociación universal aplicada a la acción política» (aquello que el funcionalismo llamará agregación de intereses, familiares pero no idénticos) serán para Ostrogorski devastadores: si la propia constitución de los partidos traspasa el límite humano de prestar atención a sólo un objeto, seguir indicaciones de vasto horizonte ahondará la pérdida de autonomía individual. Reducidos a una cooperación pasiva, los seguidores del partido «no obtienen su fuerza del espíritu de asociación que eleva las almas hasta hacerlas una, sino del espíritu de cuerpo, una forma menor de solidaridad» (p. 34). Sobre una base como ésta, construida a partir de la obediencia,

cia irreflexiva a «programas engañosos», los partidos montan «una organización permanente a la que todo acaba por supeditarse: principios, convicciones personales, mandamientos de la moral pública y privada» (p. 60). Los partidos, aquí su yerro estructural, pasan de ser un medio a un fin que infringe su esencia. «Cuanto más perfecta sea su organización, más desmoralizado estará el partido [...] los partidos precisan cada vez más de una sólida organización, que sólo puede enmascarar el vacío de la convención sobre la que reposa» (p. 60). Partidos ajenos a su propia naturaleza desvirtuarán su función («impedir que el régimen democrático quede reducido a una acción automática sin alma ni conciencia», p. 56), ofreciendo a cambio un saldo insufrible: «anulación del individuo, deterioro de la sociedad política, recompensa de la cobardía en la vida pública, servilismo del alma, supresión de la opinión libre» (p. 57).

Los vicios endémicos de los partidos ponen en crisis la democracia sin condenarla, empero, al fracaso (p. 140). Aquí las diagnósticas más incitantes: *a*) «los partidos son formas políticas y sociales anteriores a la democracia» (p. 142), *b*) cuya condición *predemocrática* priva a la democracia de contenido moral (p. 141). A semejante balance corresponderá una tesis radical: refundar los partidos en «un modelo de acción política y organizaciones con fines concretos» (p. 116). La propuesta, con un sustrato filosófico que pretende trascender a Rousseau (pp. 79-83), consistirá en un «nuevo método de acción política» dentro del que: 1) los partidos dejen de ser organizaciones permanentes que busquen el poder, volviendo con ello a su carácter esencial de grupos creados especialmente para un objetivo político determinado, 2) los partidos dejen de ser una amalgama de acuerdos ficticios, constituyéndose, tras su renovación, en grupos que se formen y reformen según cambien los problemas de la

vida. Organizados *ad hoc*, sin la *regularidad* (élites, burocracia, disciplina) que degeneró su ideal, estos nuevos partidos «tendrán que reposar sobre la adhesión de las inteligencias y las conciencias a algo determinado [...] Al servicio exclusivo de esta causa, la organización del partido recobrará su papel de medio y dejará de ser un fin» (p. 68). De arriba abajo, piensa Ostrogorski, estos cambios dignificarían el gobierno democrático merced a sus efectos virtuosos (pp. 69-75). Para el ciudadano, una mayor comprensión de la cosa pública que restituya su libertad política y moral; para la competencia partidista, menos incentivos para usar métodos sensacionales dirigidos a las emociones; para los políticos, su conversión de «charlatanes» en líderes responsables dada su obligación de elegir una sola causa que sean capaces de defender; para el parlamento, su mutación en verdaderas asambleas deliberativas. Prohibiendo a los partidos la búsqueda del poder (p. 132), los empeños por rescatar a la democracia no serán entonces estériles.

Ostrogorski, veamos si no, merece un jugoso análisis de sus firmezas y derrapes. Su contradictorio concepto de democracia (un régimen deseable mas inferior al absolutismo ilustrado o a la aristocracia parlamentaria, p. 37) urge, por ejemplo, a una indispensable contextualización. Las democracias no fueron originalmente electivas, representativas o populares; y, si bien modernas, las democracias parlamentarias serían precisamente el orden político que las democracias partidarias destruirían para existir. Nada hay, pues, de inexplicable en el mosqueo que esta evolución despierta en Ostrogorski, en Gasset, en Weber o en Shaw (*las minorías se equivocan a veces, las mayorías siempre*). Al centro de esta tensión, lo de Ostrogorski es apasionante por paradójico: la democracia debe ser un régimen puro regido por élites morales e intelectuales protegidas de la fiebre igualitaria:

«la igualdad de derechos no puede compensar la desigualdad natural de inteligencias y caracteres» (p. 54). Sugiriendo «una noción rectificadora de la voluntad general» (p. 80), Ostrogorski juzgará así plausible lo que Rousseau reservó a los dioses: una democracia perfecta que los partidos honrarían renunciando al poder. Duverger o Neumann compartirían este ángulo normativo, pero lo de Ostrogorski es superlativo: para que la democracia sea prístina, los partidos precisan un exorcismo que los salve de la ambición.

Si la naturaleza humana es sólo humana (Fellini *dixit*), el deseo de que los partidos rediman una hipotética esencia perdida, negará la moderna disyunción entre ética y política. Políticos, pero no éticos, los partidos ultrajan la verdad y la justicia (p. 34). ¿Cabe esperar otra cosa de ellos? No, diría Weber, en tiempos sin magia y racionalidad trágica. No, lamentará Kirchheimer,

cuando los partidos sufren un *statu quo* que no pueden alterar. El debate no acaba sin embargo, y la literatura reciente (calidad democrática, postcrisis partidista), dispuesta a claves normativas, tiene en Ostrogorski uno de sus clásicos.

BIEZEN, Ingrid van, *How Political Parties Shape Democracy*, University of California, 2004.

DAALDER, Hans, «¿Partidos negados, obviados o redundantes? Una crítica», en José R. Montero, Richard Hunter y Juan Linz (eds.), *Partidos Políticos. Viejos Conceptos y Nuevos Retos*, Madrid, Trotta, Alfonso Martín Escudero, 2007.

DUVERGER, Maurice, *Los Partidos Políticos*, México, FCE, 1957.

PRUD'HOMME, Jean-François, «La vida interna de los partidos mexicanos y la democracia (2000-2003)», en Fernando Castaños, Julio Labastida y Miguel López, *El Estado Actual de la Democracia en México*, México, IIS-UNAM, 2007.

ENTRE LAS RAZONES Y LAS ACCIONES

Pedro J. Meza Hernández

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

GILBERTO RINCÓN GALLARDO:
Entre el pasado definitivo y el futuro posible. Ejercicios de reflexión política en clave democrática, México, FCE, 2008

En este libro póstumo de Gilberto Rincón Gallardo encontramos una serie de valoraciones sobre la vida política de México. Si entendemos que el escritor es un actor político, uno podría esperar de este libro una serie de anécdotas, elogios de lo que realizó desde su posición política o la defensa ideológica

del grupo al que perteneció. Sin embargo, el volumen rompe esas expectativas, pues el autor sorprende con un análisis teóricamente riguroso y sereno sobre los últimos acontecimientos políticos que han caecido en nuestra vida nacional y revela, con argumentos sólidamente fundamentados, una serie de propuestas que, sin duda, pueden ayudar a la construcción de una democracia de calidad.

El fundamento de la reflexión del libro lo encontramos ya avanzada su lectura: a pesar de ser una economía estable, la mexicana es una sociedad desigual que no ha sido capaz de proporcionar un desarrollo humano acep-